



REFLEXIONES ACERCA DE UN FEMINISMO FOUCAULTIANO *

Inicialmente encuadrada dentro del Estructuralismo francés, la obra de Michel Foucault ha experimentado una evolución conspicua desde la década de los sesenta que ha posibilitado desligarla de cualquier corriente filosófica clara y firmemente delimitada para subrayar su peculiaridad autónoma.

La trayectoria del pensamiento filosófico de Foucault se encuentra polarizada por la tentativa de contestar a dos cuestiones fundamentales: la pregunta por el saber —desarrollada desde 1954 hasta 1969— y la pregunta acerca del poder —desde 1970 hasta su muerte.

La segunda de ellas ha dado lugar a su propuesta de un método genealógico. A través de la lectura de Nietzsche y pasando por el Mayo del 68 —momento en el que se produce un ataque de los mecanismos de poder “per se”, dejando de lado la crítica de las estructuras de explotación económica— Foucault organiza una genealogía (o búsqueda de los orígenes) del Orden burgués centrada en el análisis del funcionamiento de las relaciones de poder.

Foucault sigue a Nietzsche en la deconstrucción de los sistemas de pensamiento que esconden la intención de erigirse en discurso oficialmente aceptado como verdadero tras una máscara de conocimiento objetivo. Tras esta perspectiva teórica subyace una actitud postestructuralista que bien podría encuadrarse en el debate sobre la posmodernidad.

En este punto es donde confluyen las tesis del pensador francés y la de cierta teoría feminista a partir de los ochenta: en el cuestionamiento de los ideales de universalidad, objetividad y ahistoricidad constantemente adjudicados al pensamiento académico occidental desde la época ilustrada.

El debate posmoderno se cifra básicamente en la crítica del concepto moderno de “razón trascendente” o aquella capaz de sustraerse a los condicionantes que producen un lugar y tiempo concretos, así como unos intereses socio-políticos determinados.

La crítica posmoderna de esta idea ha fructificado en una visión de la “autoridad” ideológica (ejercitada a través de los medios de comunicación, etc.) que deriva hacia la experiencia y uso del poder en todos los dominios de la vida, entre ellos la sexualidad.

Es en esta concomitancia de pareceres entre Foucault y el discurso feminista posmoderno ¹ en el que se basa la obra de la profesora norteamericana Jana Sawicki que comentamos. La autora se interesa principalmente por la extrapolación al dominio feminista de la interpretación que Foucault realiza sobre el poder y la sexualidad en el mundo occidental. Dicho de otro modo, su libro explora hasta qué grado la ideología feminista puede servirse de las conclusiones foucaultianas en estos dos

* Jana Sawicki, *Disciplining Foucault, Feminism, Power and the Body*, Routledge, New York, 1991.

campos. La obra resulta extremadamente relevante ya que, por un lado, supone una importante aportación en la construcción de un proyecto teórico consecuente con los tiempos actuales, y por otro, pone en tela de juicio varias teorías de pensadoras feministas ya convertidas en dogma. Así, frente a la tesis postulada por las psicoanalistas francesas Luce Irigaray y Julia Kristeva en cuanto al carácter masculino o “falocéntrico” del discurso cultural occidental y, consecuentemente, su inadecuación para ser utilizado por las mujeres, Sawicki resalta en primer lugar la visión foucaultiana de la relación entre lenguaje y poder como plural y ambigua, afectada en todo momento por factores de elección y posibilidad que impiden una relación de control total por parte del discurso masculino. De esta manera, ningún discurso (ni siquiera el masculino) goza de una hegemonía absoluta sobre el lenguaje y la mujer puede servirse de él de igual manera, previa adaptación a sus necesidades peculiares.

La resistencia que ofrece la teoría foucaultiana a no convertirse en ortodoxia es otro de los puntos que adopta Sawicki del pensador francés y que implica desterrar y superar la tendencia parcial y limitada del debate feminista desarrollado entre la década de los sesenta y los ochenta, practicado y pensado solamente por y para mujeres blancas y de clase media en Norteamérica y Europa occidental

En definitiva, el propósito de la autora americana ha consistido en “[...] to lay out the basic features of a Foucauldian feminism that is compatible with feminism as a pluralistic and emancipatory radical politics”². En un momento histórico en el que se alude a la crisis de valores, el fin de las ideologías, y en definitiva, a la derrota final del proyecto humanista, las ideas de Foucault resultan iluminadoras, o cuando menos optimistas, para un marco teórico tal como el feminista, tantas veces considerado desfasado desde una perspectiva axiológica. Y desde este punto de vista estimamos muy positivo, de forma general, el análisis de la autora norteamericana. Sin embargo, Sawicki entra en una contradicción al incluirse dentro del debate posmoderno que niega la capacidad del pensamiento racional para establecer premisas esencialistas, totalizadoras, válidas y aplicables a cada grupo humano y, simultáneamente, deplorar la “negativa de Foucault a realizar recomendaciones, o a proponer alternativas políticas”³, cuando éstas inevitablemente tienden a englobar a distintos individuos bajo la misma organización teleológica y, consecuentemente, a reducir o ignorar las diferencias entre ellos.

El libro de Sawicki consta de cinco ensayos (varios de los cuales ya habían sido publicados en diversas antologías) que abordan aspectos relevantes en el universo teórico feminista como el concepto de “diferencia”, el tema de la identidad y sexualidad femeninas y el debate sobre la maternidad y las nuevas técnicas de reproducción.

“Foucault and Feminism: Toward a Politics of Difference” aborda en primer lugar la noción de “diferencia” como un instrumento válido, y no como un obstáculo, para llevar a cabo una teoría adecuada acerca del funcionamiento de nuestra sociedad. La crítica que realiza Foucault de las teorías revolucionarias feministas es sumamente interesante en este sentido, ya que él propone la consideración de la existencia de varias y muy importantes diferencias entre las mujeres; de este modo se superan tanto los axiomas del feminismo marxista, que considera al capitalismo como origen

de toda opresión femenina, como los del feminismo radical, que considera al patriarcado: ninguna de estas teorías se plantea considerar las diferencias entre las mujeres en cuanto a raza, clase social, e incluso religión. Además de esta consideración, surge la cuestión del “poder” en el análisis foucaultiano como una noción clave en este proceso definitorio de la genealogía de la opresión femenina; existen relaciones de poder muy sutiles en el nivel más profundo de la sociedad que, aparentemente, no tienen nada que ver con las nociones de estado, ley o clase. Tras una concepción del poder no solamente como represivo sino también como “productivo”, el patriarcado resulta ser un tipo de esas sutiles relaciones de poder, a través de las cuales se ejerce el control social y la normalización de la población en diferentes categorías (delincuente/legal, sano/loco, etc). La práctica de etiquetar a otros miembros de la sociedad como “diferentes” o “no normales” es otro producto de esa dinámica sutil de poder que se desarrolla en la sociedad. Aquí encontramos reminiscencias claras del concepto del “Otro” de la pensadora francesa Simone de Beauvoir. La estrategia de determinar a cierto componente de la población como “otro”, como lo que no es el “nosotros” normal, con pleno derecho a vivir en esta sociedad, esconde la interacción de varias de esas relaciones de poder implícitas “at the microlevel of society”⁴. El origen de la opresión femenina, así como de otros grupos marginales, debemos buscarlo aquí también y es en este sentido cómo el concepto de “diferencia” funciona de forma positiva y útil en la investigación sobre las desigualdades entre las clases y los sexos. Foucault no está convencido de que se pueden suprimir todas las diferencias, pero sí de que esas diferencias pueden resultar útiles de cara a una resistencia efectiva y además pueden aniquilar el dogmatismo que conlleva una política no interesada en cuestiones específicas y centrada en organizar principios y valores totalizadores. Al suscribir estas ideas, Sawicki se enfrenta a varias teorías propuestas como universales por parte de grupos de feministas radicales, marxistas o del psicoanálisis, que hasta los años ochenta habían sido las organizadoras supremas del pensamiento feminista moderno.

Los demás ensayos del libro⁵ vienen a ser una ramificación de las ideas mencionadas anteriormente a propósito de temas como la política de identidad sexual, la maternidad y las nuevas técnicas de reproducción. Tras el análisis que hace Sawicki de todos ellos subyacen premisas foucaultianas como el rechazo del esencialismo o el énfasis en la idea de resistencia.

Es, sin embargo, el último ensayo (titulado “Foucault and Feminism: A Critical Reappraisal”) el que ofrece un mayor interés, pues en él la pensadora americana contrasta las críticas realizadas al filósofo francés en el seno del pensamiento feminista más reciente por parte de autoras como Linda Alcoff, Barbara Christian y Nancy Hartscock. Las censuras de que es objeto Foucault por parte de todas ellas comparten la visión del discurso foucaultiano como “demasiado relativista, nihilista y pesimista para servir como base para una política feminista adecuada”⁶. Más allá de estas críticas, es la propia autora la que pone de manifiesto también sus reticencias frente al ideario de Foucault, aunque paradójicamente está siguiendo así una de sus premisas básicas: la de cuestionar cualquier discurso o teoría en su probable capacidad para

establecerse como autoridad y producir las consecuentes relaciones de poder mencionadas anteriormente.

Son principalmente dos las reprobaciones que hace Sawicki al dogma foucaultiano: el carácter limitado de su proyecto y su androcentrismo.

Con respecto al primer punto, le recrimina una falta de claridad expositiva junto con cierta inconsistencia en la formulación de su pensamiento. Esta se refleja en una indiferencia total frente a la propuesta de alternativas por un lado, y al mismo tiempo la crítica de las opciones teórico-políticas actualmente existentes. Foucault se presenta como un historiador del futuro resuelto a abrir el camino para posteriores sistemas racionalistas, pero la autora americana considera que esos nuevos métodos no invalidan necesariamente el seguir operando bajo los modos actuales. En este sentido, los planteamientos de Foucault permanecen en una esfera meramente teórico-metodológica y la postura de Sawicki se circunscribe a una cuestión pragmática: "In the absence of alternatives to present principles and values governing political struggle, we must continue to appeal to the standards of rationality and justice that are available to us within the specific contexts in which we find ourselves"⁷. Para la escritora americana el método genealógico de Foucault no es suficiente; es necesario "seguir luchando por los derechos, la justicia y las libertades dentro de los límites de la modernidad"⁸. Observamos aquí la tradicional dicotomía planteada en términos epistemológicos entre el pensamiento feminista francés y el americano en cuanto a una dirección más teórica que práctica en el caso de la tradición francesa.

Por otro lado, los escépticos planteamientos de Foucault en torno a valores y alternativas susceptibles de eficacia en el mundo actual revelan cierto desencanto y desilusión posestructuralistas que no dejan de pertenecer a una perspectiva androcéntrica. El quasi-nihilismo de Foucault, nos viene a decir Sawicki, es algo que sólo se pueden permitir los filósofos posmodernos desencantados con los discursos racionalistas al alcance de su mano. Sin embargo, conceptos como la construcción de la identidad o la propia estima son todavía relevantes y necesarios para la mujer, cuyo pasado se cifró precisamente en la anulación de los mismos.

Consideramos que la obra de Sawicki plantea de forma lúcida y brillante unas cuestiones que ahondan en la construcción de un discurso feminista cabal y equilibrado. El análisis de la obra de Foucault por ella realizado demuestra una penetración seria y adecuada al objetivo propuesto en primer lugar, que no es otro que el de aprovechar aquellas premisas foucaultianas aplicables a un proyecto feminista como el que ella describe. En cualquier caso, en estas breves páginas no se puede dar una visión más extensa de los contenidos presentes en la obra, pero sí recomendar su lectura como un estudio interesante en la tendencia más reciente de la teoría feminista americana.

Matilde Martín

Notas

1. Véase, entre otros, Nicholson, Linda, ed., *Feminism/Postmodernism*, Routledge, Nueva York, 1990.
2. Sawicki, J., op. cit., pág. 8.
3. Op. cit., pág. 12.
4. Op. cit., pág. 20.
5. "Identity and Sexual Freedom", págs. 33-48; "Feminism and the Power of Foucauldian Discourse: Foucault and Mothering Theory", págs. 49-66; "Disciplining Mothers: Feminism and the New Reproductive Technologies", págs. 67-94.
6. Op. cit., pág. 96.
7. Op. cit., pág. 100.
8. Op. cit., pág. 102.